

MÁS OSCURO

E. L. JAMES

CINCUENTA SOMBRAS MÁS OSCURAS CONTADA POR CHRISTIAN

E. L. JAMES

Más oscuro

Traducción de
ANUVELA

Grijalbo

Más oscuro

Título original: *Darker*

Primera edición en España: diciembre, 2017

Primera edición en México: diciembre, 2017

D. R. © 2011, 2017, Fifty Shades Ltd.

D. R. © 2012, 2017, de la presente edición en castellano para todo el mundo excepto Estados Unidos, sus territorios, sus dependencias, sus bases militares, Filipinas y Canadá.

Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49, 08021, Barcelona

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen en ella son fruto de la imaginación de la autora o se usan ficticiamente. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, lugares o acontecimientos es mera coincidencia.

Algunos fragmentos de este libro, incluidas partes significativas del diálogo y del intercambio de correos electrónicos, han aparecido en obras anteriores de la autora.

D. R. © 2017, derechos de edición mundiales en lengua castellana excepto Estados Unidos, sus territorios, sus dependencias, sus bases militares, Filipinas y Canadá:

Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. de C. V.

Blvd. Miguel de Cervantes Saavedra núm. 301, 1er piso,
colonia Granada, delegación Miguel Hidalgo, C. P. 11520,
Ciudad de México

www.megustaleer.com.mx

D. R. © 2012, Montserrat Roca Comet, por la traducción de fragmentos de la obra anterior de la autora *Cincuenta sombras más oscuras*

D. R. © 2017, ANUVELA, por la traducción

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.

El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del Derecho de Autor y *copyright*. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.

Queda prohibido bajo las sanciones establecidas por las leyes escanear, reproducir total o parcialmente esta obra por cualquier medio o procedimiento así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público sin previa autorización.

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase a CemPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, <http://www.cempro.com.mx>).

ISBN: 978-607-316-211-1

Impreso en México - Printed in Mexico

El papel utilizado para la impresión de este libro ha sido fabricado a partir de madera procedente de bosques y plantaciones gestionadas con los más altos estándares ambientales, garantizando una explotación de los recursos sostenible con el medio ambiente y beneficiosa para las personas.

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Jueves, 9 de junio de 2011

Estoy sentado. Expectante. Tengo el corazón desbocado. Son las 17:36 y miro por el vidrio polarizado del Audi la entrada principal del edificio. Sé que he llegado temprano, pero llevo todo el día esperando este momento.

Voy a verla.

Me remuevo en el asiento trasero del coche. Se respira tensión en el ambiente, y aunque intento mantener la calma, la expectación y la ansiedad hacen que se me forme un nudo en el estómago y que sienta una fuerte presión en el pecho. Taylor está al volante, mirando al frente, mudo, con su habitual expresión impertérrita, mientras a mí me cuesta incluso respirar. Resulta irritante.

Maldita sea. ¿Dónde está?

Está ahí dentro. ..., dentro de Seattle Independent Publishing. El edificio que se levanta al otro lado de una amplia y despejada acera tiene un aspecto abandonado y necesita una reforma; el nombre de la editorial está grabado de manera un tanto descuidada en el cristal, y el efecto esmerilado del ventanal se ha deteriorado. La empresa que se encuentra tras esas puertas cerradas lo mismo podría ser una agencia de seguros o una asesoría contable; no promocionan sus productos. Bueno, ésa es una de las cosas que cambiaré cuando me haga con el control. SIP es mía. Casi. He firmado las bases del contrato.

Taylor carraspea y sus ojos se clavan en los míos en el espejo retrovisor.

—Esperaré afuera, señor —dice para mi sorpresa, y baja del coche antes de que pueda detenerlo.

Quizá mi tensión le afecta más de lo que creía. ¿De verdad soy tan transparente? Quizá es él quien está tenso. Pero ¿por qué? Aparte de por el hecho de que ha tenido que lidiar con mis continuos cambios de humor durante toda esta semana, y sé que no se lo he puesto fácil.

Pero hoy ha sido distinto. Tenía esperanzas. Ha sido mi primer día productivo desde que ella me dejó, o eso me ha parecido. El optimismo me ha hecho llevar las reuniones con entusiasmo. Diez horas para verla. Nueve. Ocho. Siete... Mi paciencia puesta a prueba por el tictac del reloj a medida que se acerca mi reencuentro con la señorita Anastasia Steele.

Y ahora que estoy aquí sentado, esperando sólo, la determinación y la confianza que me han acompañado todo el día se han esfumado.

A lo mejor ha cambiado de opinión.

¿Será un reencuentro? ¿O sólo quiere que la lleve gratis a Portland?

Miro el reloj otra vez.

17:38.

Mierda. ¿Por qué el tiempo pasa tan despacio?

Me planteo enviarle un correo para que sepa que estoy aquí afuera, pero mientras busco el celular en los bolsillos me doy cuenta de que no quiero apartar los ojos de la puerta principal. Me recuesto en el asiento y repaso mentalmente sus últimos correos electrónicos. Me los sé de memoria; todos son atentos y concisos, pero no hay ningún indicio de que me eche de menos.

A lo mejor sí soy sólo el que la llevará gratis.

Descarto esa idea y miro la entrada deseando que aparezca.

Anastasia Steele, estoy esperando.

La puerta se abre y se me desboca el corazón, pero con la misma rapidez se detiene en seco, decepcionado. No es ella.

Maldita sea.

Siempre me hace esperar. Una sonrisa en absoluto feliz se dibuja en mis labios: la esperé en Clayton's, después de la sesión

de fotos en el Heathman, y una vez más cuando le envié los libros de Thomas Hardy.

Tess...

Me pregunto si todavía los tiene. Ella quería devolvérmelos; quería entregarlos a la beneficencia.

No quiero nada que me recuerde a ti.

La imagen de Ana al marcharse acude a mi mente: su rostro triste y sombrío, compungido por el dolor y la confusión. No me gusta ese recuerdo. Duele.

Fui yo quien la hizo así de desgraciada. Llegué demasiado lejos, demasiado rápido. Y eso me llena de una desesperación tal que se ha convertido en un sentimiento habitual desde que se marchó. Cierro los ojos e intento recuperar la calma, pero me enfrento a mi miedo más profundo y oscuro: hay otro hombre en su vida. Comparte su pequeña cama blanca y su hermoso cuerpo con algún maldito extraño.

Maldita sea, Grey. Sé positivo.

No pienses en eso. No está todo perdido. La verás muy pronto. Tus planes siguen su curso. La vas a recuperar. Abro los ojos y observo la puerta de la editorial a través del vidrio polarizado del Audi, que ahora refleja mi estado de ánimo. Sale más gente del edificio, pero Ana sigue sin aparecer.

¿Dónde está?

Taylor continúa afuera. Pasea de un lado a otro y mira la puerta de reojo. Por el amor de Dios, parece tan nervioso como yo. ¿Qué demonios le pasa?

Mi reloj marca las 17:43. Saldrá en cualquier momento. Respiro con fuerza y me ajusto los puños de la camisa; luego intento alisarme la corbata, pero descubro que no me he puesto ninguna. Mierda. Me paso la mano por el pelo en un intento por despejar mis dudas, pero siguen obsesionándome. ¿Soy sólo el que la lleva gratis? ¿Me habrá echado de menos? ¿Querrá volver conmigo? ¿Hay otro hombre? No tengo ninguna respuesta. Esto es peor que esperarla en el Marble, y no se me escapa lo irónico de la situación. Creía que era el acuerdo más importante que jamás negociaría con ella, y no salió como esperaba. Nada sale como

espero con la señorita Anastasia Steele. Vuelvo a sentir un nudo en el estómago de puro pánico. Hoy tengo que negociar un trato más importante.

Quiero que vuelva.

Dijo que me quería...

La adrenalina que inunda mi cuerpo hace que se me acelere el corazón.

No. No. No pienses más en eso. Es imposible que sienta eso por mí.

Tranquilízate, Grey. Céntrate.

Miro una vez más la entrada de la Seattle Independent Publishing y allí está ella, caminando hacia mí.

Demonios.

Ana.

La impresión me deja sin aire, como si me hubieran dado una patada en el plexo solar. Debajo de una chamarra negra lleva uno de mis vestidos favoritos, el morado, y las botas negras de tacón alto. El pelo, reluciente bajo el sol del atardecer, se balancea con la brisa a medida que camina. Pero no es ni la ropa ni el pelo lo que me llama la atención. Tiene la cara pálida, casi traslúcida. Se le ven grandes ojeras y está más delgada.

Más delgada.

La culpa me mortifica.

Dios.

Ella también ha sufrido.

Mi preocupación por ella se convierte en rabia.

No. Furia.

No ha comido en todo este tiempo. Debe de haber perdido al menos dos o tres kilos en pocos días. Mira de reojo a un tipo que tiene detrás y él le dedica una amplia sonrisa. Es un hijo de puta guapo, un engreído. Imbécil. Ese intercambio de miradas cómplices acrecenta mi furia. La mira con descaro de macho mientras ella camina hacia el coche, y mi cólera aumenta a cada paso que da.

Taylor abre la puerta y le tiende una mano para ayudarla a subir. Y de pronto está sentada a mi lado.

—¿Cuánto hace que no has comido? —pregunto con brusquedad, esforzándome por mantener la compostura.

Sus ojos azules me miran directamente a la cara y me dejan desnudo y expuesto, como hicieron la primera vez que la vi.

—Hola, Christian. Yo también me alegro de verte —responde.

Me. Cago. En. Todo.

—No estoy de humor para aguantar tu lengua viperina. Contéstame.

Se mira las manos, en su regazo, por lo que no puedo saber qué está pensando, y pretende colarme la patética excusa de que ha comido un yogur y un plátano.

¡Eso no es comer!

Intento con todas mis fuerzas contener mi mal genio.

—¿Cuándo fue la última vez que comiste de verdad? —insisto, pero ella me ignora y mira por la ventanilla.

Taylor pone en marcha el coche y se incorpora al tráfico, y Ana saluda al tipo que la ha seguido afuera del edificio.

—¿Quién es ése?

—Mi jefe.

Así que ése es Jack Hyde. Hago memoria de los detalles de su currículo que he repasado esta mañana: nacido en Detroit, licenciado en Princeton, prosperó en una empresa de publicidad de Nueva York, pero se ha mudando cada pocos años y ha trabajado por todo el país. Los asistentes no le duran demasiado, ninguno está más de tres meses con él. Lo tengo en la lista de tipos pendientes de vigilancia; Welch, mi asesor de seguridad, averiguará más cosas sobre él.

Concéntrate en lo que importa ahora, Grey.

—¿Y bien? ¿Tu última comida?

—Christian, eso no es asunto tuyo —susurra.

—Todo lo que haces es asunto mío. Dime.

No me dejes, Anastasia. Por favor.

Soy el que la lleva gratis.

Suspira, agobiada, y pone los ojos en blanco para molestarme. Y entonces la veo: una sonrisa tierna asoma a la comisura de sus

labios. Está intentando no reírse. Intenta no reírse de mí. Después de toda la angustia que he soportado, resulta tan refrescante que logra apaciguar mi enfado. Es tan típico de Ana... Su reacción se refleja en mí e intento ocultar mi sonrisa.

—¿Bien? —pregunto en un tono más conciliador.

—Pasta *alle vongole*, el viernes pasado —responde ella hablando en voz baja.

¡Por el amor de Dios, no ha probado bocado desde la última vez que comimos juntos! Ahora mismo la tumbaría sobre mis rodillas, aquí, en la parte de atrás del coche, pero sé que no debo volver a tocarla así.

¿Qué puedo hacer con ella?

Ana mira hacia abajo, estudia sus manos, tiene la cara más pálida y triste que antes. Y yo me empapo de ella, intento entender qué debo hacer. Una desagradable sensación me oprime el pecho y amenaza con colapsarme, pero la ignoro. Inspecciono de nuevo a Ana y me queda dolorosamente claro que mi mayor miedo es infundado. Sé que no se emborrachó y que no ha conocido a nadie más. Viéndola ahora, sé que ha estado sola, acurrucada en la cama, llorando hasta el agotamiento. Esa idea me reconforta y me desconcierta al mismo tiempo. Soy el responsable de su tristeza.

Yo.

Soy el monstruo. Soy quien le ha hecho esto. ¿Cómo voy a conseguir que vuelva conmigo?

—Ya

Sobran las palabras. De pronto mi misión parece imposible. Ella jamás querrá volver conmigo.

Reacciona, Grey.

Me olvido de los miedos y le hago una súplica.

—Diría que desde entonces has perdido cinco kilos, seguramente más. Por favor, come, Anastasia.

Me siento impotente. ¿Qué más puedo decir?

Ella no me mira, está sumida en su mundo, mirando al frente, y tengo tiempo de estudiar el perfil de su rostro. Es tan pequeña, delicada y bella como la recordaba. Quisiera alargar la mano y

acariciarle la mejilla, sentir la tersura de su piel, confirmar que es real. Volteo hacia ella, ansioso por tocarla.

—¿Cómo estás? —le pregunto, porque quiero oír su voz.

—Si te dijera que he estado bien, te mentaría.

Maldita sea. Yo tenía razón. Ha estado sufriendo, y todo es culpa mía. Pero sus palabras me dan una mínima esperanza. Tal vez sí me haya echado de menos. ¿Es posible? Envalentonado, me aferro a esa idea.

—Yo estoy igual. Te echo de menos.

Le agarro la mano porque no puedo vivir ni un minuto más sin tocarla. La siento delgada y helada envuelta en la calidez de la mía.

—Christian, yo...

Deja la frase inacabada, se le quiebra la voz, pero no retira la mano.

—Ana, por favor. Tenemos que hablar.

—Christian, yo... por favor... he llorado mucho —susurra.

Sus palabras, y ver cómo intenta contener las lágrimas, me rompen lo que me queda de corazón.

—Oh, cariño, no.

Tiro de su mano y, antes de que ella pueda protestar, la subo a mi regazo y la rodeo con mis brazos.

Oh, por fin la siento...

—Te he echado tanto de menos, Anastasia.

Es demasiado ligera, demasiado frágil, y quiero gritar de frustración, pero en lugar de eso hundo la nariz en su pelo, abrumado por su embriagador aroma. Me recuerda tiempos más felices: un huerto en otoño. Risas en casa. Unos ojos brillantes, llenos de humor, de malicia... y deseo. Mi dulce, dulce Ana.

Mía.

Al principio está tensa y se resiste, pero poco a poco se relaja sobre mi cuerpo y apoya la cabeza en mi hombro. Envalentonado, me arriesgo a cerrar los ojos y besarle el pelo. Ella no intenta zafarse de mí, lo que es un alivio. He anhelado con desesperación a esta mujer, pero debo tener cuidado. No quiero que

vuelva a marcharse. La sostengo entre mis brazos y disfruto de la sensación y de este sencillo momento de tranquilidad.

Sin embargo, sólo es un breve interludio; Taylor llega al helipuerto del centro de Seattle en un tiempo récord.

—Ven —tengo que hacer un gran esfuerzo para levantarla de mi regazo—, ya llegamos —ella me mira, perpleja—. Al helipuerto... en lo alto de este edificio —le explico.

¿Cómo había pensado que iríamos a Portland? En coche habríamos tardado tres horas. Taylor le abre la puerta y yo bajo por mi lado.

—Debería devolvarte el pañuelo —dice a Taylor con sonrisa tímida.

—Quédese, señorita Steele, con mis mejores deseos.

¿Qué carajos se traen entre manos estos dos?

—¿A las nueve? —los interrumpo, no sólo para recordarle a qué hora nos recogerá en Portland, sino para evitar que hable con Ana.

—Sí, señor —responde en voz baja.

Claro que sí, carajo. Ella es mi chica. Los pañuelos son cosa mía, no suya.

Imágenes de ella vomitando en el suelo, yo sujetándole el pelo, me vienen a la memoria. Entonces le di mi pañuelo. Y unas horas después, esa misma noche, la miraba dormir a mi lado. A lo mejor todavía lo tiene. A lo mejor todavía lo utiliza.

Para. Ya. Grey.

La tomo de la mano —ya no hace frío, pero la sigue teniendo helada— y la llevo dentro del edificio. Cuando llegamos al ascensor me acuerdo de nuestro encuentro en el Heathman. Ese primer beso.

Sí. Ese primer beso.

La sola idea me estremece de pies a cabeza.

Pero la puerta se abre, me distrae y, a regañadientes, suelto a Ana para que pueda entrar.

El ascensor es pequeño y ya no nos tocamos. Pero la siento. Toda ella.

Aquí. Ahora.

Mierda. Trago saliva.

¿Es porque está tan cerca de mí? Me mira con los ojos oscurecidos.

Oh, Ana.

Su proximidad resulta excitante. Respira con fuerza y mira al suelo.

—Yo también lo noto.

Vuelvo a tomarla de la mano y le acaricio los nudillos con el pulgar. Ella levanta la vista para mirarme; sus insondables ojos azules están nublados por el deseo.

Carajo. La deseo.

Ella se muerde el labio.

—Por favor, no te muerdas el labio, Anastasia —hablo con voz grave, cargada de anhelo. ¿Siempre será así con ella? Quiero besarla, empujarla contra la pared del ascensor como en nuestro primer beso. Quiero cogérmela, aquí, y volver a poseerla. Ella parpadea, separa un poco los labios, y yo contengo un gemido. ¿Cómo consigue desarmarme con una mirada? Suelo controlar las situaciones, pero ahora prácticamente estoy babeando al ver que se muerde el labio—. Ya sabes qué efecto tiene eso en mí.

Y, ahora mismo, nena, deseo poseerte en este ascensor, pero no creo que me dejes.

Las puertas se abren y una ráfaga de aire frío me devuelve de golpe al presente. Estamos en la azotea, y, aunque el día ha sido cálido, el viento ha arreciado. Anastasia tiembla a mi lado. La rodeo con un brazo y ella se acurruca en mi costado. La noto muy frágil contra mi cuerpo, pero su figura delgada encaja a la perfección bajo mi brazo.

¿Lo ves? Hacemos una pareja estupenda, Ana.

Nos dirigimos hacia el helipuerto. Al llegar, los rotores del *Charlie Tango*. Los rotores giran con suavidad; está listo para despegar. Stephan, mi piloto, corre hacia nosotros. Nos estrechamos la mano, pero sigo teniendo a Anastasia acurrucada bajo mi brazo.

—Listo para despegar, señor. ¡Todo suyo! —grita Stephan por encima del ruido de los motores del helicóptero.

—¿Lo has revisado todo?

—Sí, señor.

—¿Lo recogerás hacia las ocho y media?

—Sí, señor.

—Taylor te espera en la entrada.

—Gracias, señor Grey. Que tenga un vuelo agradable hasta Portland. Señora.

Saluda a Anastasia al estilo militar y se dirige hacia el ascensor, que lo espera. Nos agachamos bajo los rotores y yo abro la puerta; después, la tomo de la mano y la ayudo a embarcar.

Cuando le ato el cinturón de seguridad se le altera la respiración. Su gemido impacta directamente en mi entrepierna. Le ciño las cintas con más fuerza de lo necesario e intento ignorar la reacción de mi cuerpo a su proximidad.

—Esto debería impedir que te muevas del sitio —es lo que me pasa por la cabeza, y me doy cuenta de que lo he dicho en voz alta—. Debo decir que me gusta cómo te queda el arnés. No toques nada.

Se ruboriza. Por fin algo de color en su pálido rostro... y ya no puedo resistirme. Deslizo el dedo índice por su mejilla, siguiendo la línea dibujada por el rubor.

Dios, cómo deseo a esta mujer.

Ella frunce el ceño, y sé que es porque no puede moverse. Le paso unos auriculares, tomo asiento y me abrocho el cinturón.

Hago las comprobaciones de seguridad previas al despegue. Todas las luces del instrumental están en verde y no hay ninguna alarma encendida. Pongo los rotores reguladores en la posición de vuelo, establezco el código transpondedor y confirmo que la luz de anticollisión está encendida. Todo parece correcto. Me coloco los auriculares, enciendo las radios y compruebo las revoluciones del rotor.

Cuando me vuelvo hacia Ana, está mirándome con atención.

—¿Lista, cariño?

—Sí.

Está pasmada y emocionada. No puedo contener una sonrisa

lobuna cuando llamo a la torre de control para asegurarme de que están ahí y a la escucha.

En cuanto me dan permiso para el despegue compruebo la temperatura del aceite y el resto de los medidores. Todo parece funcionar con normalidad, así que aumento la velocidad del rotor principal y *Charlie Tango*, como la elegante ave que es, alza el vuelo con delicadeza.

Oh, cómo me gusta este momento.

Con la confianza que siento a medida que ganamos altura, observo de reojo a la señorita Steele, sentada junto a mí.

Ha llegado la hora de impresionarla.

Empieza el espectáculo, Grey.

—Nosotros ya hemos perseguido el amanecer, Anastasia, ahora el anochecer.

Sonrío, y recibo la recompensa de una tímida sonrisa que le ilumina la cara. La esperanza crece en mi interior al ver su expresión. La tengo aquí, conmigo, cuando lo creía todo perdido. Parece que se está divirtiendo y la veo más feliz ahora que cuando salió del trabajo. Puede que sólo sea porque la llevo gratis, pero voy a intentar disfrutar hasta el último minuto de este puto vuelo con ella.

El doctor Flynn estaría orgulloso.

Estoy viviendo el presente. Y me siento optimista.

Puedo hacerlo. Puedo conseguir que vuelva conmigo.

Paso a paso, Grey. No te precipites.

—Esta vez se ven más cosas aparte de la puesta de sol —comento, rompiendo el silencio—. El Escala está por ahí. Boeing allá, y ahora verás la Aguja Espacial.

Ella estira su delgado cuello para mirar, tan curiosa como siempre.

—Nunca he estado allí —dice.

—Yo te llevaré... podemos ir a comer.

—Christian, ya terminamos —exclama en tono consternado.

Eso no es lo que quiero oír, pero intento no reaccionar de forma exagerada.

—Ya lo sé. Pero de todos modos puedo llevarte allí y alimentarte.

La miro con malicia y el rubor pinta de rosa pálido sus mejillas.

—Esto de aquí arriba es precioso, gracias —dice, y soy consciente de que está cambiando de tema.

—Es impresionante, ¿verdad? —le sigo el juego. Además, tiene razón, jamás me canso de esta vista.

—Es impresionante que puedas hacer esto.

Su cumplido me sorprende.

—¿Un halago de su parte, señorita Steele? Es que soy un hombre con muy diversos talentos.

—Soy muy consciente de ello, señor Grey —responde con aspereza, y contengo mi sonrisa de suficiencia porque puedo imaginarme a qué se refiere.

Esto es lo que echaba de menos: esa impertinencia suya, que me desarma cada vez.

Haz que siga hablando, Grey.

—¿Qué tal el nuevo trabajo?

—Bien, gracias. Interesante.

—¿Cómo es tu jefe?

—Ah, está bien —no parece muy entusiasmada con Jack Hyde, lo cual me provoca un escalofrío de aprensión. ¿Habrá intentado algo él?

—¿Qué pasa?

Quiero saber si ese tonto ha hecho algo inapropiado. De ser así, lo pondré de patitas en la calle.

—Aparte de lo obvio, nada.

—¿Lo obvio?

—Ay, Christian, la verdad es que a veces eres realmente obtuso —dice con un desdén juguetón.

—¿Obtuso? ¿Yo? Tengo la impresión de que no me gusta ese tono, señorita Steele.

—Bueno, pues entonces olvídale —bromea, satisfecha.

Me gusta que me moleste y me provoque. Puede hacer que me sienta diminuto o enorme sólo con una mirada o una sonrisa; resulta refrescante y no se parece a nada que haya experimentado antes.

—He echado de menos esa lengua viperina, Anastasia.

Una imagen de ella arrodillada delante de mí me viene a la memoria y me remuevo en el asiento.

Mierda. Concéntrate, Grey. Ella gira la cara, oculta su sonrisa y mira hacia abajo los barrios que vamos dejando atrás. Yo compruebo el rumbo. Todo está correcto. Nos dirigimos a Portland.

Ella guarda silencio y yo de vez en cuando le robo una mirada. La curiosidad y la sorpresa ante el paisaje y el cielo de ópalo le iluminan la cara. La tersa piel de sus mejillas brilla bajo la luz del ocaso. Y, a pesar de la palidez y de las oscuras ojeras, prueba del sufrimiento que le he provocado, está preciosa. ¿Cómo pude permitir que saliera de mi vida?

¿En qué estaba pensando?

Mientras volamos por encima de las nubes en nuestra burbuja, aumenta mi optimismo y remite la confusión de la última semana. Poco a poco, empiezo a relajarme y disfruto de una serenidad que no había sentido desde que ella se marchó. Podría acostumbrarme a esto. Había olvidado lo feliz que me siento en su compañía. Y resulta refrescante ver mi mundo a través de sus ojos.

Pero mi confianza flaquea a medida que nos acercamos a nuestro destino. Ruego a Dios que mi plan funcione. Necesito llevarla a algún lugar íntimo. A cenar, quizá. Maldita sea. Debería haber reservado mesa en algún sitio. Necesita alimentarse. Si la llevo a cenar, sólo tendré que encontrar las palabras adecuadas. Estos últimos días me han enseñado que necesito a alguien... la necesito a ella. La quiero, pero ¿me querrá ella a mí? ¿Puedo convencerla de que me dé una segunda oportunidad?

El tiempo lo dirá, Grey. Tómatelo con calma. No vuelvas a espantarla.

Aterrizamos en el helipuerto de Portland sólo quince minutos después. Mientras detengo los motores de *Charlie Tango* y desconecto el transpondedor, el interruptor del combustible y las ra-

dios, aflora de nuevo la inseguridad que he sentido desde que decidí recuperarla. Necesito explicarle cómo me siento, pero eso va a ser difícil, porque ni yo mismo entiendo lo que siento por ella. Sé que la he echado de menos, que me he sentido fatal sin ella y que estoy dispuesto a intentar tener una relación a su manera. Pero ¿será suficiente para ella? ¿Lo será para mí?

Habla con ella, Grey.

En cuanto me suelto el arnés y me inclino para desatar el suyo, percibo su tenue perfume. Como siempre huele bien. Nuestras miradas se encuentran en un breve y furtivo instante, como si hubiera tenido algún pensamiento inapropiado, y, como siempre, me gustaría saber qué está pensando, pero lo ignoro.

—¿Ha tenido buen viaje, señorita Steele?

—Sí, gracias, señor Grey.

—Bueno, vayamos a ver las fotos del chico.

Abro la puerta, bajo de un salto y le tiendo una mano.

Joe, el jefe del helipuerto, espera para recibirnos. Lleva toda la vida dedicado a esto: es un veterano de la guerra de Corea, pero conserva la vitalidad y la agudeza de un hombre de cincuenta años. Sus ojos de lince no pierden detalle, y se iluminan cuando me dedica una sonrisa que le arruga el rostro.

—Joe, vigílalo para Stephan. Llegará hacia las ocho o las nueve.

—Eso haré, señor Grey. Señora. El coche espera abajo, señor. Ah, y el ascensor está descompuesto. Tendrán que bajar por las escaleras.

—Gracias, Joe.

Cuando nos dirigimos hacia la escalera de emergencia, miro los tacones de Anastasia y recuerdo su ridícula caída en mi despacho.

—Con esos tacones tienes suerte de que sólo haya tres pisos.

Reprimo una sonrisa.

—¿No te gustan las botas? —me pregunta, mirándose los pies.

Una agradable imagen de esas botas sobre mis hombros acude a mi memoria.

—Me gustan mucho, Anastasia —espero que mi expresión no delate mis lascivos pensamientos—. Ven. Iremos despacio. No quiero que te caigas y te rompas la cabeza.

Agradezco que el ascensor esté descompuesto... eso me da una excusa creíble para estrecharla contra mi cuerpo. La rodeo con un brazo por la cintura, la aprieto a mi costado y empezamos a bajar la escalera.

En el coche, de camino a la galería, me siento doblemente ansioso; estamos a punto de acudir a la exposición de su supuesto amigo. El hombre que, la última vez que lo vi, intentaba meterle la lengua en la boca. Quizá han hablado en los últimos días. Quizá éste es un encuentro que llevaban tiempo planeando.

Mierda, no se me había ocurrido antes. Espero que no sea así.

—José es sólo un amigo —aclara Ana.

¿Cómo? ¿Sabe lo que estoy pensando? ¿Tan transparente soy? ¿Desde cuándo?

Desde que ella me despojó de mi coraza y descubrí que la necesitaba.

Me mira fijamente y se me encoge el estómago.

—Tienes unos ojos preciosos, que ahora parecen demasiado grandes para tu cara, Anastasia. Por favor, dime que comerás.

—Sí, Christian, comeré —su tono delata que está mintiendo.

—Lo digo en serio.

—¿Ah, sí? —lo dice con sarcasmo, y prácticamente tengo que hacer esfuerzos para no reaccionar.

A la mierda con todo.

Ha llegado la hora de que me declare.

—No quiero pelearme contigo, Anastasia. Quiero que vuelvas, y te quiero sana.

Me halaga su mirada de asombro y sorpresa.

—Pero no ha cambiado nada.

Su expresión se altera y frunce el ceño.

Ay, Ana, sí que ha cambiado... dentro de mí ha habido un terremoto.

Nos estacionamos delante de la galería y no tengo tiempo de explicarme antes de la inauguración.

—Hablares de regreso. Ya llegamos.

Salgo del coche antes de que pueda decir que no está interesada, doy la vuelta hasta su lado y le abro la puerta. Cuando sale parece enfadada.

—¿Por qué haces eso? —espeta, exasperada.

—¿Hacer qué?

Mierda, ¿a qué viene esto?

—Decir algo como eso y luego callarte.

¿Es eso lo que te pasa? ¿Por eso estás enojada?

—Anastasia, estamos aquí, donde tú quieres estar. Ahora centrémonos en esto y después hablamos. No se me antoja mucho montar un numerito en la calle.

Aprieta los labios y los frunce con expresión de enfado, luego me mira con recelo.

—De acuerdo.

La tomo de la mano, entro con paso energético en la galería y ella me sigue arrastrando los pies.

La sala de exposiciones está muy bien iluminada y es espaciosa. Es uno de esos almacenes rehabilitados que están tan de moda en la actualidad: suelos de madera y paredes de ladrillo. Los entendidos en arte de Portland beben vino barato a sorbos y hacen comentarios entre susurros mientras admiran la exposición.

Una mujer joven nos da la bienvenida.

—Buenas noches y bienvenidos a la exposición de José Rodríguez.

Y me mira.

Es todo imagen, cariño. Ya puedes mirar a otra parte.

Se pone muy nerviosa, pero parece reaccionar cuando echa una mirada de soslayo a Anastasia.

—Ah, eres tú, Ana. Nos encanta que tú también formes parte de todo esto.

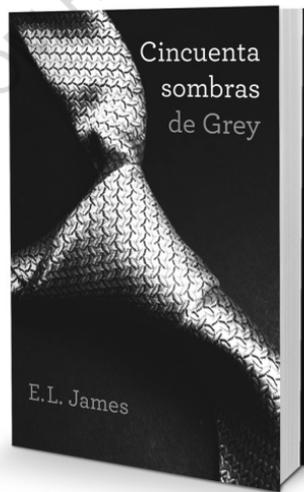
Le entrega un folleto y señala la barra improvisada con bebidas y refrigerios. Ana frunce el ceño y le sale esa arruguita en forma de V sobre la nariz que me encanta. Quiero besarla, como ya lo he hecho antes.

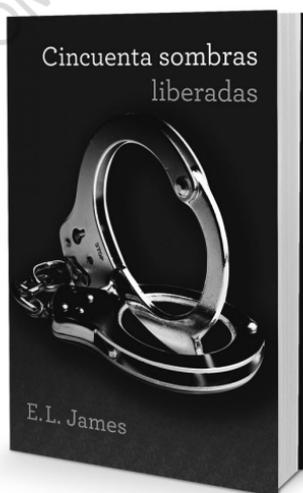
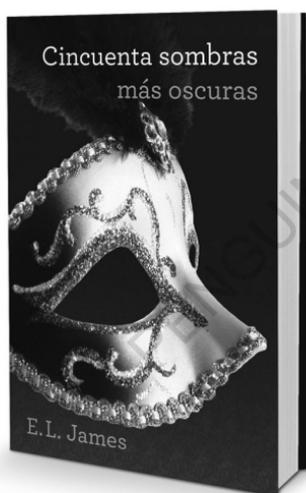
—¿La conoces? —le pregunto.

LA TRILOGÍA «CINCUENTA SOMBRAS» DE E. L. JAMES

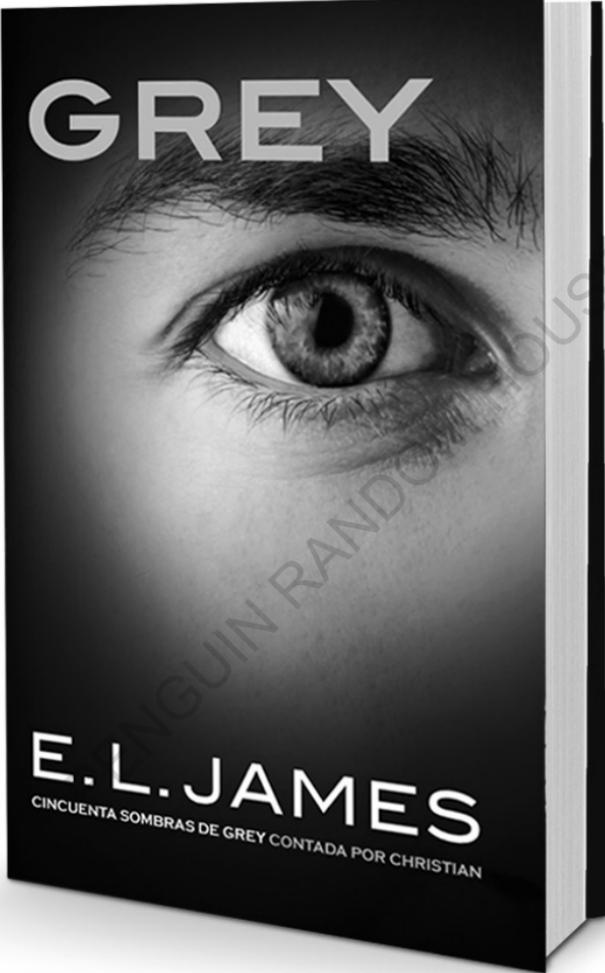
ES TOTALMENTE
ADICTIVA.

TE OBSESIONARÁ,
TE POSEERÁ Y
QUEDARÁ
PARA SIEMPRE
EN TU MEMORIA.





Disponible en todos los
formatos (rústica, bolsillo
y libro electrónico)
así como en distintas
ediciones especiales.



GREY

E.L. JAMES

CINCUENTA SOMBRAS DE GREY CONTADA POR CHRISTIAN

